

DISCURSO ANTE LA TUMBA DE DON LUIS ORREGO LUCO

(Diciembre 4 de 1948)

POR

Arturo Alessandri Palma

Señores:

En nombre de la Academia Chilena, cuyo seno honraba con su magnífica inteligencia, y su vasta y admirable obra de escritor, vengo a despedir a Luis Orrego Luco, figura insigne y preclara, no sólo de las letras chilenas, sino de la literatura toda de este vasto mundo que es la América.

Su obra es inmensa porque es la de un artista profundamente chileno, que analizó nuestra vida nacional en sus principales aspectos y supo retratar en forma acabada no sólo al mundo aristocrático en que había nacido y cuyos errores condenó con valentía, sino también al roto sufrido y trabajador, por el que tuvo siempre una simpatía noble, comprensiva y generosa.

Escribió novelas admirables, repito, novelas que siempre figurarán con honor en nuestra historia literaria, y debo afirmar, con profunda sinceridad, que Luis Orrego es, a mi juicio, nuestro primer novelista, el más ilustre y grande de todos; mayor que Blest Gana. *Casa Grande*, por ejemplo, es una obra que tuvo un éxito inmenso cuando se publicó y continúa teniéndolo hoy y lo tendrá siempre, porque posee méritos artísticos y un valor histórico, como retrato de una sociedad y de una época, que difícilmente podrán ser igualados.

Su última novela, *Playa Negra*, publicada hace apenas un año, me conmovió profundamente y yo escribí en «El Mercurio» un extenso estudio para analizarla, para examinar, alabar y aplaudir toda su belleza. Y esta obra, verdadero canto de cisne, revelaba que las dotes imaginativas, el conocimiento profundo del corazón humano, conservaban en la tarde de su vida toda la profundidad y el encanto de la juventud.

Y no sólo fué un gran escritor, sino también un gran ciudadano, un ciudadano ejemplar, que dedicó a su patria todas

sus energías. Luchó en defensa de la constitución y de la ley en los campos de batalla, que se tiñeron con su sangre generosa, ganándose en buena lid el grado de General de la República, que el Gobierno le reconoció justicieramente más tarde. Fué parlamentario brillante, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, cargo en que le correspondió el honor de impulsar la ley de instrucción primaria obligatoria, cuya dictación se le debe en gran parte. Más tarde fué Embajador y Ministro diplomático en varios países amigos, donde dejó honda huella de su capacidad extraordinaria.

Me unía a él una íntima amistad que duró toda la vida y debo recordar que juntos hicimos muchas campañas en beneficio del país.

Por eso he venido, en representación de la Academia Chilena, a despedir sus restos con honda, inmensa y viva emoción.

¡Luis Orrego Luco, se abren para ti las anchas puertas de la inmortalidad, y sobre tu figura caen ya los rayos de la gloria!



DR. DAVID BENAVENTE SEPÚLVEDA

ESTAMPA Y RECUERDO DEL DOCTOR BENAVENTE

La presencia de los grandes seres comienza a adquirir relieve en la conciencia colectiva después del término de su jornada. Antes era la lucha, la agitación dentro de los límites oscuros de la existencia terrena, sujeta a toda contingencia, a las contradicciones inevitables del convivir entre hombres, en hervir de intereses y apetitos. Con el toque de sombra brota la paz aquietadora. Cuando a nadie disputamos su sitio algunos hay que por primera vez advierten talentos, virtudes. Es menester atravesar las fronteras ignotas para tener acceso a las dimensiones de una verdadera y permanente justicia, perceptible entre los escogidos, porque es de humana esencia que sólo los iguales o los parecidos lleguen a aquilatarse.

Fué don David Benavente de aquéllos que permanecen mas allá de la carne, de aquéllos cuyo espíritu comienza a llegar a nosotros, a revelársenos, cuando su apariencia física ha tomado contacto con la tierra. Es como la luz de los astros extinguidos que brilla sólo en la quietud nocturna.

Sabio, maestro de muchas generaciones, médico ilustre, filántropo de silenciosa actividad, espíritu sereno, alma pura, capaz de cernirse por encima de miserias y limitaciones, hombre de ingénita modestia, el doctor Benavente merece contarse en el número de chilenos que engrandeciéndose a sí mismos por los medios más dignos, engrandecieron a su patria y honraron a la humanidad.

Vivió mucho. Se formó él mismo con propio y personal esfuerzo. Sirvió a la sociedad de su tiempo sin pedirle nada, sin aceptar nada en recompensa.

Después de estudiar en la Escuela de Medicina de Santiago, pobre entonces, ayuna de maestros notables y acaso de recursos mínimos, se recibió brillantemente, especializándose en la rama de cirugía, donde llegaría a conquistar justo renombre. Más tarde, en esa misma Escuela, tuvo a tarea ejercer por espacio de largos años las cátedras de Anatomía y Embriología, que eran, probablemente, si no las que hubiera profundizado más, las que le parecieron más útiles al progreso de sus alumnos. No se destacó por la exterioridad del buen decir o la buscada elegancia del estilo, pero fué profesor de pensamiento hondo, de sabia disciplina pedagógica. ¿Cuántos médicos que hoy peinan canas y logran en congresos internacionales merecido éxito, no se contaron en el número de sus discípulos y cuántos no encontraron en la riqueza de sus lecciones o en la sencilla filosofía de sus métodos el secreto del triunfo? Acaso, cuando en la tarde de su vida llegaba hasta él, en su retiro humilde, la noticia de los triunfos alcanzados por sus alumnos de otro tiempo, pensaría, sonriendo, que sus afanes no fueron perdidos. Era de los que no araron sobre el mar.

El bisturí en sus manos era un arte. ¿No hay una divina armonía recóndita en todo lo perfecto? Aquello en que pongamos con fe y con bondad lo mejor de nosotros mismos, siempre será un arte.

Cirujano perfecto,—solía decir ingenuamente, sin sombra de jactancia, que en achaques del apéndice nunca había errado un diagnóstico—llegó a ser el más afamado en Sud América. Tuvo, como profesional, inmensa clientela, pero nunca hizo fortuna, porque cobraba muy poco a los que tenían mucho y nada a los que nada tenían. Era de la madera de que se forjan los santos.

Filántropo, poseía la generosidad ilimitada de los pobres. Era el varón puro y sencillo de los Evangelios.

Médico de hospitales, médico de gente humilde, ninguna miseria golpeó en vano a su puerta, ningún dolor le halló sordo a sus requerimientos.

Y así pasó por la vida, sereno, modesto. La vida no le sonrió. No fué feliz en la medida humana, no tuvo hogar propio, ni compañera, ni hubo hijos que endulzaran su ocaso. ¿Pero los necesitó, por ventura? ¿Acaso, después del término, alegrías y tristezas no se confunden en la sombra? Las satisfacciones perdurables, aquéllas que no dejan esa poca de sal y de hiel de los

placeres acabados, pertenecen a los planos del espíritu. No pasan, no, el bien que pudo hacerse, la bondad que se esparció en el camino y es la única caridad verdadera, los esfuerzos generosos, los servicios ocultos. El doctor Benavente tenía una mano izquierda que siempre ignoró a su derecha.

Tenía su bisturí una doble vaina de eficacia y de silencio.

Un día se alejó. Quiso ceder su plaza a otros, abrir campo a los que venían atrás. Pudo alcanzarle la fatiga física, la inevitable tristeza de las cosas que terminan. Pero bien sabía que el reposo y el silencio están en el orden natural. ¿No cabe comparar la belleza de un crepúsculo logrado con la dulce y fugitiva hermosura del alba? La fortaleza de las miserias que nos atormentan afínca en nuestra rebeldía frente a la Naturaleza, que si nos abre las puertas matinales y nos franquea el grato e inefable esplendor del mediodía, nos obliga también a aceptar la melancólica soledad de la tarde.

Los espíritus altos saben nutrirse en soledad.

Don David Benavente esperó la llegada de la sombra en su retiro de Ninhue; la aguardó sin inquietud, tal vez con sosegada tristeza. ¿No le traía, por ventura, un lejano mensaje sólo para él comprensible? Debió comulgar, en la hora postrera, con el secreto de la eterna armonía.

Y antes de morir tuvo el gesto señorial de rechazar todo homenaje. Estaba más allá de las inútiles vanidades, más allá de las pompas grotescas con que el hombre ultraja el misterio sagrado. Pensaba que debemos acoger la llegada de la muerte con sencillez humilde, como ocurre al árbol, al gusano y al astro.

EUGENIO ORREGO VICUÑA.